



***LA MECEDORA CON SU
HISTORIA SENCILLA Y PROVINCIANA***

También tengo una mecedora de una abuelita perdida. Es una mecedora como la de esas madres estoicas que aparecen en las películas americanas haciendo punto y diciéndole al hijo que se va a la guerra que nunca llore, que vale más morderse los labios que llorar como una mujer, y que ella cuando enviudó se comió las lágrimas, amortajó al esposo e inmediatamente reclamó del Pentágono su viudedad. Son madres ejemplares, que forjan presidentes o grandes banqueros. Madres de las que sólo hay cientos.

Claro que, más tarde, esas madres se convierten en abuelas. Un buen día, mientras se mecían en el jardín rodeadas de nietos, las buenas madres de entonces sufrían una hemiplejía parcial y las pobres se quedaban pegadas a la mecedora para el resto de sus días. Justo coincidían esos días con la fase más aguda de la Gran Depresión del 29, con lo que, faltas de mejor distracción, les contaban a sus nietos arrastrando las palabras las penalidades que habían sufrido años atrás, en que no había depresión porque ni siquiera se había llegado a la fase de prosperidad que permitiera ese lujo. Eran años duros, durísimos; se pasaba hambre y no se estrenaba una camisa ni el domingo de ramos.

La abuelita perdida que se mecía en esta mecedora no era americana propiamente, sino de la provincia de Murcia. No poseo datos fehacientes que prueben esta afirmación, pero si situamos la mecedora en el huerto limonero de un cortijo de la vera del Segura, es casi seguro que resucite el fantasma de la abuelita y se apresure a poner las cosas en claro. En fin, que la mecedora tiene un aire de murciana que no se despinta.

Probablemente la abuelita tenía un esposo que se llamaba Marcelino y se pasaba las tardes en el casino del pueblo. Allí pedía un cafelito y una frasca de agua, y luego de paladear un palillo mientras miraba pasar la gente por la calle, jugaba a la brisca con el secretario del ayuntamiento y con el veterinario. Mientras, la abuelita hacía punto y, al atardecer, regaba las flores que crecían en el patio.

La abuelita murciana fue madre muchos años atrás. Pero su hijo no fue a la Guerra Europea, sino a la de África, porque Canalejas no pasó por más enchufados que se libranan de servicio con la cuota, y así el Andresico tuvo que gastarse el dinero que le

regaló la madrina para escaparse de las armas en tiernas putitas, lo cual después de todo no estaba tan mal. El Andresico volvió del frente ileso, pero con algunas desviaciones sexuales que le contagiaron los moros, siempre tanrefinados y sensuales.

La mecedora en cuestión es un poco triste, pero feliz. Hace años que carece de usuaria, y como a mí me da mucha pena, de vez en cuando la doy un golpecito con el dedo y hago que se mueva. Entonces la mecedora se balancea, y es como si la abuelita resucitara y bailara un vals que va a menos, hasta que por fin se muere otra vez. Las abuelitas redivivas, pasado su turno, fallecen y en paz.

El origen de este juguete es confuso. Yo digo que apareció una mañana junto a la pata de mi cama, con el cadáver yacente de la abuelita murciana que me apresuré a enterrar en una maceta de geranios. Pero otras veces refuto mi propia hipótesis, recordando que me la trajo un conocido que venía de tierras levantinas. Podréis pensar que era Melchor, porque al fin y al cabo ambos proceden de Oriente. Pero en realidad era mucho más vulgar; y no tenía barbas blancas, sino un cutis liso perfumado con Aqua Velva.

O sea, que la mecedora podría tener su historia cargada de poesía, pero en verdad la única que tiene es la que le concedo yo cuando me pongo a pensar en la abuelita murciana, en su patio con flores y limoneros y en la inoportuna hemiplejía que un día, allá por 1.934, le llevó a la tumba cuando sólo era una niña de noventa y ocho años.

Luis Figuerola-Ferretti Gil